

El Cuenta Gotas

V Premio
DE NARRATIVA
Infantil

2015



FUNDACIÓN CANAL
Canal de Isabel II



Mateo Inurria, 2. 28036 Madrid
www.fundacioncanal.com

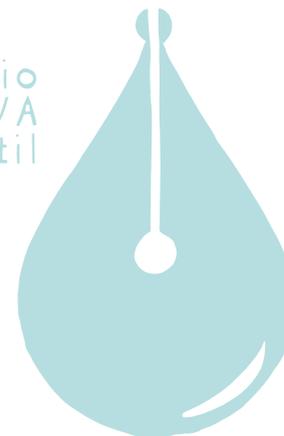


Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

V Premio
DE NARRATIVA
Infantil



El
Cuenta
Gotas

Edición 2015

GANADOR

Gato de hotel

RAFAEL FUENTES PARDO

ACCÉSITS

Tormenta de verano

MARINA BOLAÑOS URRUELA

Al final del río

PATRICIA CASAS VÁZQUEZ

Manzanos y Perales

SOL GARCÍA DE HERREROS

Piratas de agua dulce

ALBERTO PALACIOS SANTOS

JURADO

Victoria Chapa Eulate

Cecilia Gandarias Tena

Ricardo Gómez Gil

Cristian Ruiz Orfila

ILUSTRACIONES

Purificación Hernández Molero

La Fundación Canal convocó en mayo de 2015 el V Premio Internacional de Narrativa Infantil El Cuentagotas con el fin de impulsar la creación literaria y el gusto por la lectura a través de obras de calidad que fomenten el respeto al medio ambiente en general y al agua en particular, fiel a su misión de difundir la cultura del agua.

La infancia es una etapa clave en la educación y el desarrollo de los individuos, por lo que promover la sensibilidad cultural y medioambiental es una inversión de futuro y una prioridad para la Fundación. El Cuentagotas aúna ambos propósitos al centrar su premio en relatos cortos, escritos en español, dirigidos a menores de entre ocho y doce años, y con el agua dulce como protagonista.

Un jurado especializado en literatura infantil es el encargado de elegir un manuscrito ganador y cuatro accésits. Con motivo del Día Mundial de la Infancia, la Fundación presenta esta publicación en papel y también en formato electrónico, con los cinco relatos premiados, que llegarán gratuitamente a todos los centros de enseñanza, bibliotecas y centros culturales de la Comunidad de Madrid, y con la posibilidad de descargarse la publicación desde la página web de la Fundación.

Con el deseo de que El Cuentagotas sea fuente de inspiración y entretenimiento familiar, queremos animarles a que se descarguen su ejemplar, lo difundan y hagan suyo nuestro lema «El agua es cosa de todos».

Fundación Canal

NOVIEMBRE 2015

[Primer premio]

Gato de hotel

RAFAEL FUENTES PARDO

7

[Accésits]

Tormenta de verano

MARINA BOLAÑOS URRUELA

15

Al final del río

PATRICIA CASAS VÁZQUEZ

23

Manzanos y Perales

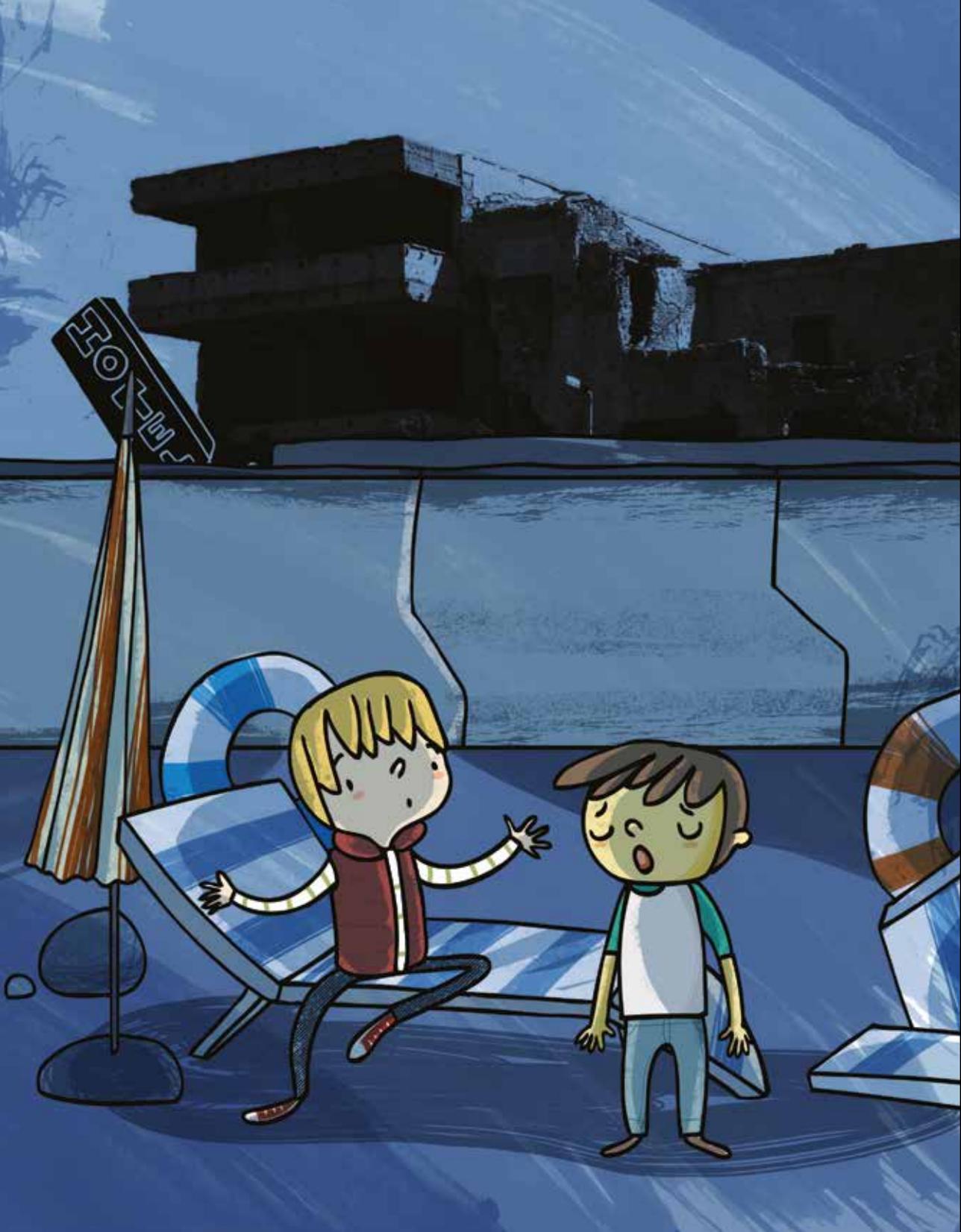
SOL GARCÍA DE HERREROS

31

Piratas de agua dulce

ALBERTO PALACIOS SANTOS

39



Gato de hotel

RAFAEL FUENTES PARDO

Cuando Ibrahim llegó al hotel estaba anocheciendo. Llevaba todo el día recorriendo la ciudad a causa de los bombardeos, tenía hambre y sed y se había perdido. El edificio principal apenas se sostenía en pie y el muro que rodeaba los jardines había cedido en varios puntos. Entró por uno de ellos escalando entre los cascotes.

—¿Quién eres?

—Me llamo Ibrahim —respondió— y tengo nueve años.

La pregunta se la había hecho un chaval de su edad que permanecía sentado en una tumbona junto a la piscina vacía del hotel.

—¿Qué haces aquí, Ibrahim? La radio ha dicho que todos los niños deberían estar con sus familias o en los refugios.

—Creo que me he perdido. Cuando cayeron las primeras bombas estaba jugando al escondite y me asusté tanto que todavía no he parado de correr.

—Entonces es como si siguieras jugando al escondite con los bomberos y el ejército que te estarán buscando.

—Más o menos. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Soy Denis, tengo diez años y también me están buscando.

—¿Quiénes?

—Me he escapado del hospital.

—¿Por qué?

—Para buscar agua.

—¿No hay en ninguna parte?

—Han bombardeado los pozos y han acabado con el suministro en toda la ciudad. También lo han dicho por la radio, pero tú, con tanto correr, no te enteras de nada.

—¿Y no puede buscar agua otra persona?

—Solo mi padre.

—¿Tu padre?

—Es ingeniero y, cuando la encuentra, también tiene que inventar una forma de llevarla a otros sitios donde la necesiten. Por eso vinimos a tu país, a encontrar agua en el desierto.

—¿Dónde está ahora?

—En el hospital; sufrió un accidente durante los bombardeos y se ha roto una pierna.

—¿Y tu madre?

—Se quedó en casa, en Charlestón.

—¿Charlestón?

—Es una ciudad de Estados Unidos. Vivimos allí.

—¿Cómo piensas encontrar agua?

—Con su ayuda —respondió Denis y le señaló a sus espaldas.

Un gato blanco y negro los observaba agazapado bajo los restos de otra tumbona.

—Nunca había visto un gato tan grande, ¿es tuyo?

—Más o menos. Somos amigos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegué al hotel, hace una semana.



—¿Cómo se llama?
—No tiene nombre.
—¿De qué raza es?
—Es un gato de hotel.
—¿Un gato de hotel?
—Claro, los gatos de hotel mantienen limpios de ratones los jardines y por las noches dan la castaña, maullando bajo la terraza del comedor para que los huéspedes les tiren los restos de la cena.
—¿Él puede encontrar agua?
—Tiene que beber igual que nosotros, solo hay que esperar a que tenga sed y seguirlo.
—Los gatos beben muy poco.
—¿Cómo lo sabes, Ibrahim?
—Lo escuché en clase de ciencias. Los animales carnívoros necesitan menos agua porque se beben la sangre de sus presas.
—Ya, pero los gatos de hotel beben mucho.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Mi hermana Marci. Es una sabionda con un aparato de alambre en los dientes. No te la recomiendo como amiga, pero lo sabe todo sobre gatos. ¿Tú tienes hermanos, Ibrahim?
—Somos diez; bueno, hasta que me encuentren, solo nueve.
—¡Diez, qué pasada! De esa forma nunca puedes llegar a aburrirte, siempre tienes alguien con quien pelear.
—Ya, pero todas son niñas y, si nos peleamos, mi madre se pone de su parte.
—Lo siento.
—Más lo siento yo..., pero... mira, el gato acaba de levantarse. A lo mejor le ha entrado sed.
—¡Qué va!, lo que quiere es comer.
—¿Cómo la sabes?

—Por cómo maúlla, es su forma de dar pena para que le echen algo.
—¿Qué le vas a dar?
—Lo que más le gusta: sardinas. Pero estas son especiales.
—¿Especiales?
—Son picantes, para que le entren más ganas de beber.
—¿Es una idea de tu padre o de tu hermana?
—Mía, el experto en estrategias soy yo.
—¿De dónde han salido las latas?
—De la cocina del hotel, todavía se puede entrar por un agujero que ha quedado entre los escombros, me lo enseñó el gato. El problema es que él no sabe abrir las latas y nos necesita.
—¿Puedo darle una? —preguntó Ibrahim.
—Vale, mientras, voy a ir abriendo la otra.
—No te pases o tendrá diarrea.
—Entonces también le entrará más sed...
El gato olfateó las sardinas con precaución, como si todavía estuvieran vivas y pudiesen darle un mordisco en la trufa. Después lamió la que le estaba ofreciendo Ibrahim sin demostrar demasiado entusiasmo. Volvió a sentarse sobre sus cuartos traseros y continuó maullando.
—No le gustan —dijo Denis.
—O sabe que le sentarán mal —añadió Ibrahim.
—Hemos fracasado, este maldito gato nunca va a beber. O cuando se decida a hacerlo estaremos dormidos y no podremos seguirlo.
—Tengo una idea —dijo Ibrahim—. Le pondremos un cascabel, así cuando decida beber nos despertará el ruido.
—A los gatos no les gustan los cascabeles.
—Será solo durante unas horas, después se lo quitaremos.
—¿Y de dónde sacamos uno?

—Lo haremos con esto —y sacó del bolsillo una bola de plástico transparente.

—¿Eso qué es?

—Una bola sorpresa, lleva un desmontable y un chicle. Hay muchas dentro de una máquina, esperando a que eches una moneda para salir. ¿Es que en Charlestown no hay?

—Claro que hay, pero son cosas para niños y yo tengo diez años.

—Bueno, ya solo necesitamos rellenarla con algo que suene y un cordel para atársela. ¿Crees que podremos encontrarlo en la cocina?

—Seguro que sí.

Fueron hasta la cocina y le colocaron el cascabel. Al principio intentó quitárselo y maulló como un desesperado. Los dos niños se mantuvieron impasibles ante sus reclamaciones y le prometieron que se lo quitarían cuando les llevara hasta el agua. El gato terminó aceptando, pero, por si acaso, se refugió en lo alto de una estantería y permaneció observándolos mientras compartían un paquete de galletas para cenar. Hablaron de zombis, de bicicletas, de los saltos que habrían dado de estar llena la piscina: «la bomba», «la carpa», «el picado» y «el mortal». También de algo que no cambiaba en ninguna ciudad del mundo, desde Charlestown a Gaza: de las caras de culo que suelen tener algunos profesores. Un par de horas después se quedaron dormidos sobre las baldosas.

Cuando les despertó el sonido de los garbanzos que habían colocado dentro de la bola sorpresa, estaba amaneciendo. Siguieron al gato hasta la zona del jardín donde crecía la hierba más alta. Paseó un buen rato ante la atenta mirada de los chicos y después se sentó en una de sus posturas imposibles y comenzó a lamerse las patas.

—Maldito gato, ahora se pone a limpiarse —dijo Denis.



—Está bebiendo —explicó Ibrahim.
—¿Bebiendo?
—Las gotas de rocío que se han quedado en sus patas.
—Ya, pero nosotros no podemos lamernos las piernas.
—Pero podemos probar a empapar las esponjas que hay en la cocina y después escurrirlas.
—¿Habrá agua suficiente para toda la ciudad?
—¡Qué bruto eres, Denis! Pero si nosotros hemos encontrado agua con la ayuda de un gato y unas esponjas, alguien como tú padre podría acabar con la sed en el mundo.
—Todo eso me parece muy bien, pero todavía queda algo muy importante.
—¿Qué?
—Cumplir nuestra promesa y quitarle el cascabel.

Tormenta de verano

MARINA BOLAÑOS URRUELA

Martín no había cumplido los nueve años cuando empezó a llenar de agua los armarios. Entonces era aún un niño delgado, pecoso y rubio. Un puñado de rizos le tapaba los ojos, una sonrisa traviesa iluminaba sus mejillas.

Salvo por lo del agua en los cajones, Martín era un niño normal. Un niño estándar. Jugaba con sus amigos en el patio, a veces atendía en clase, peleaba con sus hermanas, leía en la cama antes de acostarse, quería a sus padres y dormía siempre con la ventana un poquito abierta.

Era un niño normal, era un niño pequeño y era un niño feliz.

Pero un día empezó a llenar su habitación de agua.

Ocurrió una mañana de agosto. Treinta y siete grados a la sombra, fuego ardiente al sol. Abanicos y gazpacho. No caía una gota del cielo desde que Martín había empezado las vacaciones. Y de eso hacía toneladas de tiempo ya en la vida de un muchacho de casi nueve años.

Martín desayunaba con la frente apoyada en la palma de la mano y los ojos clavados en el geranio que se secaba en la ventana.



Los niños hacen relaciones mágicas a veces, sobre todo cuando no tienen padres cerca que se lo prohíban. Los padres de Martín trabajaban aquel verano.

Y así fue como el pequeño relacionó aquella mañana de agosto, con treinta y siete grados a la sombra y un tazón de cereales ablandándose sobre la mesa, el geranio ocre con la tierra seca, el sol y las dos gotas que caían cada tres segundos del grifo del baño, que nunca jamás se había podido cerrar bien del todo.

Pensó que si la lluvia no se hacía, él crearía lluvia. Tampoco podía ser tan difícil conseguir que cayera agua del cielo. De hecho, él lograba casi cada día que cayera leche al suelo desde el borde de la mesa y lo hacía casi sin querer.

Colocó un tarro de cristal, de esos que las madres acumulan en los estantes altos de la cocina, debajo del grifo y observó en silencio cómo caían las cuatro primeras gotas. Las escuchó rebotar contra el fondo del tarro. Sonrió y corrió al encuentro de su desayuno. Terminó los cereales tranquilamente, como si nada. Como quien no acaba de empezar a salvar el mundo.

A la mañana siguiente el tarro rebosaba. Martín lo recogió, buscó la tapa entre la colección que habitaba en el tercer cajón de la cocina, lo tapó, lo agitó y lo guardó en su armario entre los jerséis de invierno que no se ponía nunca, ni siquiera en invierno, porque picaban.

Colocó otro tarro más grande, observó en silencio cómo caían las cuatro primeras gotas y corrió a desayunar.

Mientras esperaba a que la leche se volviera del color oscuro de los cereales pensó que si quería hacer lluvia a base de los tarros que llenara con las dos gotas que caían cada tres segundos del grifo del baño, tardaría toda la vida en lograr que el geranio de la ventana volviera a tener flores. Y que, de todas formas, quizás no fuera justo provocar algo tan magnífico y tan enorme como la

lluvia para desperdiciarlo en algo tan pequeño y tan sencillo como el geranio seco de su ventana.

Pensó que le gustaría apagar los incendios que devoraban el bosque cada verano, llenar la piscina de Sebas, su mejor amigo, que este año aún seguía vacía por la dichosa sequía y, ya que estaba, regar todos los geranios secos de todas las ventanas. O, al menos, de las de su pueblo.

Y no iba a ser capaz de conseguir todo aquello llenando un tarrito de cristal al día. Martín sabía poco de matemáticas, pero sabía algo. Y uno por treinta no eran mil millones. Y mil millones eran los tarros que había calculado aproximadamente que necesitaba para provocar lluvia.

Así que terminó los cereales y empezó a idear un plan.

Un plan que se convirtió en una lista. Una lista a dos columnas. En la primera apuntó con letra redonda y apretada de escolar en vacaciones todas las gotas de agua que, aproximadamente, su casa, su pueblo y el mundo en general perdían cada día. Y en la segunda, el recipiente que necesitaría para guardarlas.

Era un plan maestro. Un plan tan preciso como solo los niños de casi nueve años pueden elaborar. Solo tenía que cumplirlo. Así que empezó.

Colocó un barreño de plástico al lado del aspersor roto que regaba cada día tres veces la carretera cercana al parque del colegio y dos garrafas en la ducha, para recoger el agua que perdía su hermana cuando esperaba a que el baño se calentara. Porque ella era tan rara que seguía duchándose con agua caliente en agosto, con treinta y siete grados a la sombra y fuego ardiente al sol. Puso una botella sobre la mesa con una etiqueta que decía: «Tira aquí el agua que no bebas». Se llenaba prácticamente entera cada comida.





Los padres, los vecinos y la abuela de Martín recordarían aquel año como el del verano que el niño pasó guardando agua en los armarios. Aún no había empezado septiembre y Martín ya dormía prácticamente rodeado de tarros de cristal.

El último día de agosto llenó su último tarro. Lo cerró, lo agitó y lo puso junto a los demás. Al verlos todos juntos decidió que había llegado el momento.

Metió todos los tarros en una mochila, dos maletas y un carro de la compra que cogió prestado del supermercado cercano. Se puso la gorra, se untó crema y partió hacia el punto más alto del pueblo, que era, como no podía ser de otra forma, la torre de la iglesia.

No había dado ni dos pasos cuando encontró un pequeño gato callejero. Suave y gris. Martín era un niño generoso, así que abrió uno de los tarros, lo dejó junto al animal y continuó su camino. Al pasar junto a la casa de su abuela recordó que la había oído quejarse de que sus petunias, que habían sobrevivido más de cincuenta años y a una guerra, estaban empezando a secarse. No le costaba nada dejar dos o tres tarros para cada planta.

Martín era un niño generoso, bueno y simpático. Un niño estándar. Así que supongo que imaginaréis que no le resultó fácil llegar hasta su meta con todos los tarros llenos de agua. De hecho, supongo que comprenderéis que no lo lograra.

Cuando Martín vio a lo lejos de la calle la punta del tejado del campanario, revisó su munición. Dos tarros pequeños y una botella de plástico medio vacía.

Ocurre a veces que los niños hacen relaciones mágicas. Sobre todo cuando la vida se vuelve complicada. Yo no sé qué ocurrió primero. Pero sé lo que ocurrió.

Martín se sentó en el suelo, apagó la sonrisa que solía iluminar sus mejillas y rompió a llorar. Justo exactamente en el mismo mo-

mento en el que el cielo se cubrió de nubes, apagando el sol que iluminaba el final de verano, y resonó un trueno y rompió a llover. Regando todos y cada uno de los geranios secos de las ventanas del pueblo.

Incluido el de Martín.

Al final del río

PATRICIA CASAS VÁZQUEZ

Érase una vez, hace no mucho tiempo, una montaña. Sobre su ladera había dos reinos separados por un río que nacía en las cumbres heladas, atravesaba la falda de la montaña, cruzaba el valle y se perdía en la lejanía. Generación tras generación, las gentes de los reinos habían contemplado esa lejanía, preguntándose adónde iría a parar tanta agua. La resolución de ese misterio provocó el estallido de una batalla silenciosa, y guerreras y guerreros de ambos reinos salían en expedición con el deseo de poder ver su nombre escrito en los libros de historia de las escuelas. Nadie hasta ese momento había regresado con éxito.

El rey de Aguarrriba estaba preocupado. Él mismo había encabezado varias expediciones y casi había puesto fin al enfrentamiento conquistando para Aguarrriba el final del río. No había podido ser. Cuando parecía que habían llegado al extremo contrario, de pronto el río desapareció y no habían tenido más remedio que regresar con las manos vacías. Ahora ya estaba mayor y sus esperanzas recaían en su sucesor, su hijo, quien descubriría dónde acababa el río, pondría allí la bandera de Aguarrriba



y Aguabajo no tendría más remedio que reconocer en sus libros de historia la superioridad de su enemigo. Pero, ¡ay!, su hijo no parecía interesado en conquistar el río. Desde el balcón de sus aposentos el rey observó con tristeza a su hijo descender hacia la orilla, como solía hacer por las tardes, acompañado de su laúd. Allí metía los pies descalzos en el agua y se quedaba un rato en trance contemplando el río; después, tomaba su laúd y empezaba a componer canciones.

Nada de esto sería demasiado preocupante si no fuese porque la hija del rey de Aguabajo era una joven guerrera y decidida. También desde el balcón de sus aposentos el rey podía ver el patio del palacio del reino vecino. Montada sobre un caballo blanco, luciendo una armadura, la princesa agitaba la espada en el aire ante la mirada de aprobación de su propio padre. Al rey se le encogió el corazón al ver el contraste entre esa joven entrenada para la guerra y su hijo, que seguía en la orilla, con los pies en el agua, peleándose con un acorde. Su sueño, su deseo de que Aguarrriba dejase un legado en el mundo, se desvanecía.

El príncipe no era del todo ajeno a las reflexiones de su padre. Sabía que todo el reino había puesto en él muchas esperanzas; que tenía que ser su digno sucesor y acabar la hazaña que el rey había empezado. Pero lo cierto era que el príncipe no creía en las hazañas, ni tampoco en los libros de historia. Creía en el momento presente, en el poder del agua para sanar la tristeza y en el derecho del río a no ser conquistado. Las gentes del reino, tan obsesionadas por descubrir dónde estaba el final del río, no se daban cuenta de que necesitarían varias vidas solo para comprender el trozo pequeñito de agua que tenían delante. El príncipe amaba especialmente un tramo en curva, un espacio tranquilo con sauces que se reflejaban en las orillas y que se parecía a la mente de las personas, pues solo

en la quietud puede desplegarse toda la belleza del universo. A aquel rincón había dedicado casi todas sus canciones.

Pero el príncipe no era el único que estaba preocupado. Del otro lado del río la princesa lo había mirado a veces mientras escribía y probaba acordes con su laúd. Y se había puesto triste. ¿Qué sentido tenía conquistar el final del río si no había nadie a quien ganar? Ir sola y poner su bandera no tenía ningún mérito. Ella quería un príncipe peleón a quien poder restregarle luego su victoria. Pero si iba ella sola, sin nadie con quien competir, su lucha no tendría ningún sentido. Tenía que ponerle remedio enseguida. Hablaría con el príncipe y lo convencería para que hiciese una expedición. ¡Tenía que conseguirlo! ¡Tenía que conseguirlo!

Aquella tarde bajó al río, al lugar en el que solía estar el príncipe. Allí lo encontró, pulsando las cuerdas de su laúd y formando con los labios una «o», como entonando una canción hermosa. Su pequeña «o» se abrió en una «O» mayúscula cuando se dio cuenta de que la princesa estaba allí, mirándolo. Se puso colorado y dejó su laúd a un lado.

—He venido a hacer un trato —a la princesa no le gustaba andarse con rodeos.

La «O» mayúscula que dibujaban los labios del príncipe descendió de nuevo hacia una «o» minúscula y después desapareció.

—¿Un trato? —preguntó el príncipe.

—Sí, un trato. Estoy preparando una expedición para descubrir dónde está el final del río. Me gustaría saber si tú también estás preparando otra.

—No, claro que no —respondió el príncipe algo confundido.

La princesa sacudió la cabeza enfadada porque no le gustaba la gente que no hacía las cosas como ella quería.

—¿Y a qué estás esperando?





El príncipe seguía confuso y muy colorado.

—No..., no voy a hacer ninguna expedición. No voy a ir a buscar el final del río.

Esto molestó muchísimo a la princesa, que agarró una piedra de la orilla y la arrojó al río con todas sus fuerzas. Las aguas tranquilas se revolvieron en infinitud de ondas inquietas y el príncipe, fascinado, tomó su laúd y probó un par de acordes, lo que enfadó todavía más a la princesa; se puso roja y empezó a saltar, como hacía cada vez que alguien le llevaba la contraria.

—¡Pero tienes que preparar la expedición! ¡No me puedes dejar sola! ¿Qué mérito puede tener llegar al final del río si no hay nadie que también lo esté intentando? ¡Quiero ganar! ¿Me escuchas? ¡Quiero ganar! —y para que quedase clara su posición dio varios saltitos en la orilla.

Y entonces ocurrió.

La tierra cedió bajo sus pies y la princesa cayó al agua. No sabía nadar. Le pareció que las aguas tranquilas querían devorarla, agitaba los brazos, pero todo era inútil. Una y otra vez descendía, absorbida por las aguas. Estaba a punto de rendirse cuando sintió un brazo flaco e inseguro que la rodeaba por el pecho; fue arrastrada y, al sentir de nuevo en su espalda la tierra mojada, emitió un suspiro de alivio.

Cuando se recuperó miró hacia su derecha. Con los pelos rizados y mojados el príncipe también respiraba con dificultad. Su brazo todavía la rodeaba, pero toda su atención estaba puesta, fascinado, en aquellas aguas que habían vuelto a recuperar su tranquilidad original, olvidándose de la catástrofe que había estado a punto de suceder hacía un momento. Con los ojos muy abiertos la princesa también volvió a mirar los sauces que crecían en sus orillas. El príncipe contemplaba las aguas pero en sus ojos había

un deslumbramiento brillante. Miró a la princesa, señaló el río y le dijo:

—¿Ves?, este es el motivo por el que no deseo ir de expedición.

—¿Porque a lo mejor te ahogas? —preguntó la princesa. Y le pareció un motivo muy razonable.

—En parte por eso y en parte porque... —tomó su laúd y entonó—, porque la belleza del universo solo se refleja en el río cuando las aguas están tranquilas.

Manzanos y Perales

SOL GARCÍA DE HERREROS

Manzanos del Río era un pequeño pueblo como todos: con su iglesia, su colegio, su ayuntamiento y sus cuatro bares. En verano había también un merendero donde se comían las mejores paellas del mundo, como en todos los pueblos pequeños.

En Manzanos del Río había dos abuelos sentados en la plaza día y noche, que conocían la vida de cada vecino y de todos sus antepasados.

Había una niña que se había leído ya todos los libros de la biblioteca y cinco señoras que salían a andar y a hablar por la carretera cada tarde.

Había media docena de chavales que jugaban al fútbol hiciera cuarenta grados o diluviara.

Había madres que en verano llamaban a gritos a sus hijos a la hora de cenar.

Había un perro que no tenía dueño y era un poco de todos.

Vamos, que Manzanos era un pueblo normal.

Como su propio nombre indica, en Manzanos del Río había también muchos manzanos. Y un río. Un río ancho, de aguas



frías, al que en verano la gente iba a bañarse y a merendar. En invierno el río daba un poco de miedo porque bajaba oscuro y rápido y a veces había tanta niebla que no se veía ni la torre de la iglesia de Perales del Río.

Porque Perales del Río era el pueblo situado al otro lado del cauce.

Por alguna razón desconocida no existía ningún puente entre los dos pueblos y cada uno de ellos se comunicaba por carretera con dos comarcas distintas. Cuando crecían, los chicos de Perales iban al instituto a un pueblo grande y los de Manzanos, a otro. Los bebés de Manzanos nacían en el hospital de una ciudad y los de Perales, en el de otra.

Durante cientos de años no había habido ninguna relación entre los habitantes de los dos pueblos. No se conocían. Solo se veían a lo lejos, al otro lado del río.

Y, aunque no se conocían, en Manzanos estaban convencidos de que los de Perales eran muy tontos. Había miles de chistes sobre lo tontos que eran los de Perales y a los vecinos de Manzanos les encantaba contarlos.

«¿Por qué los de Perales se tiran al río? Porque en el fondo no son tan tontos», decían, y se partían de risa.

«¿Sabéis por qué los de Perales no beben leche fría? Porque no saben cómo meter la vaca en la nevera». Y se mondaban.

Y así durante años y años. Hasta que un verano hubo una sequía tan prolongada que el río se convirtió en un estrecho hilillo que se cruzaba de un salto.

Entonces, las señoras de Manzanos que salían a andar por la tarde empezaron a pasear por el cauce seco y descubrieron que cinco señoras de Perales salían a pasear también. A la misma hora que ellas, en cuanto se acababa su serie preferida. Así que decidieron andar juntas.

La niña que leía tanto vio en la otra orilla a un niño con un libro que ella no conocía. Supo entonces que él se había leído todos los libros de la biblioteca de Perales y se dieron cuenta de que podrían intercambiarlos. A los dos les gustó tener alguien con quien hablar de historias y de personajes.

Los chavales futboleros descubrieron que era mucho más divertido jugar larguísimos partidos de un pueblo contra el otro y las madres que llamaban a sus hijos a cenar tuvieron que gritar mucho más aquel verano porque nunca se sabía dónde estaban.

Y, por fin, el perro callejero encontró a su dueño, que resultó ser un solitario músico de Perales que lo había dado por perdido años atrás. Según cuentan los viejos de los dos pueblos, el reencuentro fue muy emocionante.

Los habitantes de Manzanos y Perales empezaron a juntarse en el cauce al atardecer y descubrieron muchas cosas. Por ejemplo, que la paella del merendero de Manzanos estaba muy buena, pero las chuletas del de Perales tampoco estaban nada mal. O también que los chistes que en Manzanos se contaban sobre los vecinos de Perales, en Perales se contaban sobre los de Manzanos. Los mismos chistes, igualitos.

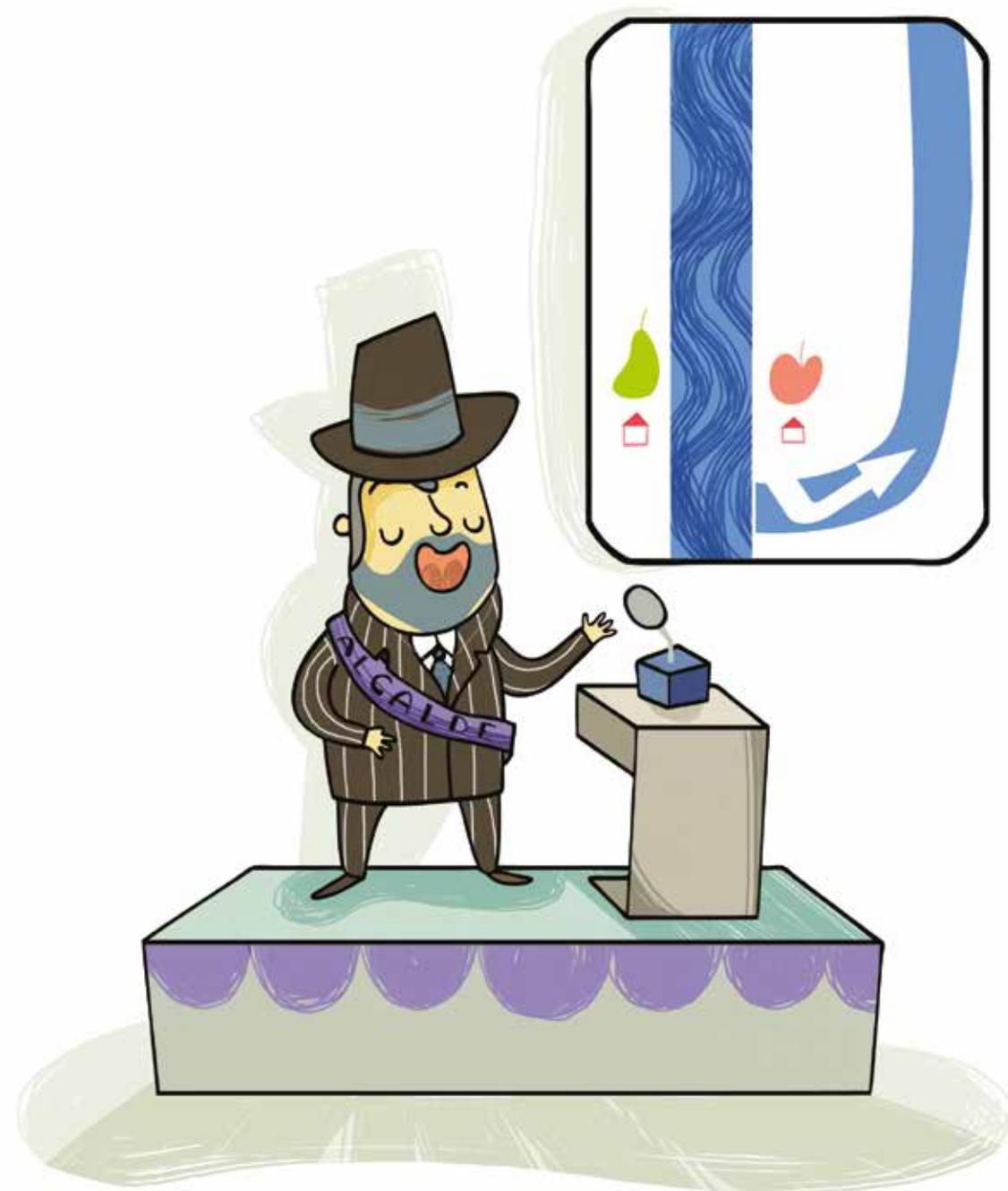
Los dos pueblos llevaban siglos creyendo que sus vecinos eran tontos sin conocerlos.

«¿Y por qué no nos habremos tratado antes?», se preguntaban los habitantes de Manzanos, probando por primera vez las peras tan dulces del pueblo vecino.

—La culpa de todo la tiene el río, que nos separa —dijo el alcalde de Perales.

Y todos estuvieron de acuerdo.

Ya se sabe que a la gente le gusta tener a alguien o algo a quien culpar de sus errores. Por eso empezaron a hablar de desviar el río





de su cauce y de que seguro que antiguamente habitaban solo un pueblo y el agua los había dividido.

La niña que leía tanto y su nuevo amigo escuchaban asombrados.

—No, si al final van a tener razón todos los chistes y vamos a ser tontos los dos pueblos —dijo ella. Y él le dio la razón.

—¡¡¡El río no nos ha separado!!! —gritaron luego los dos a la vez.

Al oírles, todos se callaron porque los dos niños tenían fama de sabios. Ellos continuaron hablando.

—Siglos antes de que existieran nuestros pueblos el río ya pasaba por aquí. Son los hombres los que buscan los ríos y no al revés. Por eso nuestros antepasados fundaron aquí Manzanos y Perales, porque pasa un río. Porque hay agua para beber y regar, agua para los animales; las tierras son más fértiles y crecen árboles frutales. Unos llegarían por un lado del cauce y otros, por el otro, pero se quedaron por la misma razón. Así que en realidad, el río no nos ha separado. Nos ha dado la vida, ha permitido fundar nuestros pueblos y nos ha unido.

Todos lo escuchaban con atención, los mayores un poco avergonzados de que dos críos les tuvieran que explicar algo tan sencillo.

—Lo que nos ha separado son solo nuestros prejuicios y nuestra falta de curiosidad —siguió diciendo la niña de Manzanos.

—Y lo único que hay que hacer es construir un puente —concluyó el niño de Perales.

¡Claro, un puente!, ¿cómo no se les había ocurrido antes?

—Ya lo decía yo, un puente —dijeron los dos alcaldes a la vez.

Hubo suerte y, como las elecciones estaban próximas, entre los dos pueblos construyeron un puente precioso y el día de la inauguración llovió tanto que parecía que el río quisiera estrenarlo con

su mejor cara. A partir de entonces todos paseaban por el puente y las parejas empezaron a poner candaditos en las barandillas.

Aquel verano, el verano de la sequía, los habitantes de Manzanos y Perales descubrieron que eran muy parecidos, que en los dos pueblos había tontos y listos y que todos necesitaban el agua.

¡Ah, y también descubrieron lo bueno que es leer!

Piratas de agua dulce

ALBERTO PALACIOS SANTOS

Cuando cumplió diez años Roque empezó a soñar con ser un pirata, se imaginaba siendo un terrible corsario dispuesto a surcar los siete mares a bordo de un barco grande con una tripulación pequeña en la que su amigo Charly sería el vigía. Pero Roque vivía muy lejos de la costa, en una ciudad de adoquines grises y piedras amarillas, una ciudad con fábricas feroces que vertían residuos al cauce seco y sucio de un río triste y escuálido.

La mamá de Roque era modista, tenía unas manos hermosas y hábiles con las que realizaba vestidos y trajes que después tomaban vida en los cuerpos de actores y actrices de teatro; de esta manera, las telas se convertían en la indumentaria de damas valientes e ingeniosas o de caballeros astutos y temerarios capaces de vivir aventuras como las que soñaba Roque. Con los retales de los vestidos y trajes que confeccionaba su mamá, Roque se fue haciendo a escondidas el uniforme de pirata: unos pantalones cortos del color azul del mar, un chaleco rojo como el sol del lejano oriente y un gorro de pirata de fieltro negro con una calavera sonriente, hecha de papel.



El padre de Roque, al que todos llamaban Roque padre, era inventor y se pasaba las noches en un taller lleno de cachivaches extraños, de aparatos llenos de luces intermitentes, de cajas y cajones repletos de relojes, tuercas, circuitos y ruedecillas dentadas. Roque sabía que su padre podía inventar cualquier cosa y pensó en pedirle un aparato que consiguiera que el río de la ciudad volviera a rebosar de agua dulce por donde navegar.

Pero Roque padre se había pasado las últimas semanas encerrado en su taller del sótano tratando de perfeccionar un invento nuevo, una máquina del tiempo, muy pequeña, casi de juguete, que a Roque le parecía que tenía forma de exprimidor de naranjas. Aquel aparato no conseguía más que atrasar el tiempo cinco minutos, así que solo servía para conseguir cinco minutos más esos días que llegas tarde al colegio o para evitar catástrofes que se podían haber evitado por cinco minutos.

Pero lo que Roque quería era agua para navegar por el río seco de su ciudad, por ese cauce por el que solo pasaba un hilillo maloliente en el que flotaban latas de conservas, pieles de plátanos, balones deshinchados, sandalias sin pareja y hasta un soldadito de plomo con una sola pierna.

Roque bajó al sótano, entró muy despacito y vio a su padre rodeado de relojes suizos, relojes de arena y hasta relojes de agua con los que trataba de perfeccionar su máquina del tiempo.

A Roque padre le gustaba que su hijo bajara a verle al sótano, allí podía hablarle de ciencia y enseñarle todos sus inventos. Esa mañana le habló de la energía, de la velocidad y del espacio y después le enseñó su maquinita del tiempo, a la que había conseguido, con unos ajustes por aquí y unos desajustes por allá, añadir treinta segundos más para viajar al pasado. La verdad es que Roque creía que treinta segundos no eran gran cosa, pero a su padre le parecía una maravilla.

«En treinta segundos el mundo puede cambiar», le decía mientras ajustaba una pieza minúscula con un destornillador tan pequeño que apenas se veía en su gran mano.

Roque estuvo un buen rato en el taller de su padre, no encontraba el momento de pedirle que pensara en un invento para llenar el cauce seco del río. Quería un río de verdad, lleno de agua, en el que hubiera niños bañándose, parejas remando en barcas y, sobre todo, agua en abundancia para que él pudiera navegar hasta el mar. Pero Roque padre estaba tan ocupado con su maquina que a Roque hijo le daba apuro interrumpirle, así que esperó un buen rato enredando entre los aparatos a medio construir y probándose unas «gafas de la animalidad» con las que pudo ver a su padre transformado en gorila, un gorila con bata blanca y gafas que manipulaba con habilidad el destornillador pequeño.

—Papá —dijo Roque al fin—, ¿podrías crear agua?

Roque padre, con aspecto de gorila blanco, dejó un momento el destornillador, se rascó el cogote como solo saben hacerlo los gorilas y miró a su hijo.

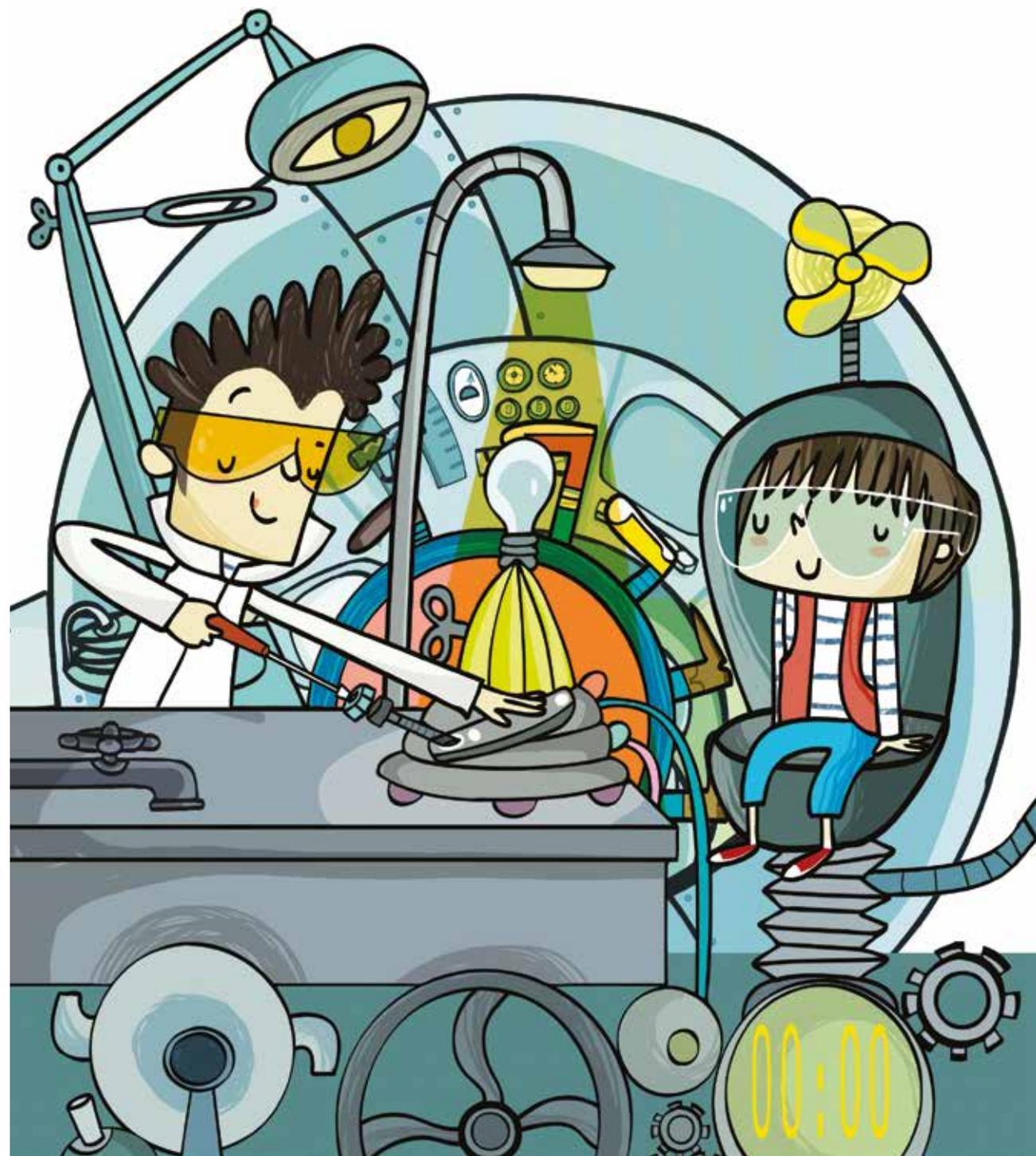
—¿Agua? ¿Para qué quieres que cree agua? ¿Tienes sed?

Roque hijo se echó a reír, le hacía mucha gracia ver a su padre a través de esas gafas mágicas, convertido en un monito.

—Me gustaría tener un río de verdad.

—¿Para qué quieres un río? —preguntó su padre sorprendido—. Para beber tenemos agua embotellada, para el baño y la lavadora un depósito que rellenan cada semana con camiones cisterna y, si quieres refrescarte o divertirte con el agua, puedes ir a la piscina.

—Pero un río es mucho mejor —dijo Roque imaginándose con sus amigos a bordo de su velero—. En un río el agua corre y puedo ser pirata y navegar hasta el mar.





El papá de Roque dejó el destornillador a un lado y sonrió con sus grandes dientes de gorila.

—¿Quieres ser pirata?

—Sí —dijo Roque con una gran sonrisa—, quiero tener un barco velero y una bandera con una calavera y dos huesos cruzados y viajar por todo el mundo para tener un montón de aventuras.

—No va a ser fácil hacer que nuestro río vuelva a tener agua —dijo Roque padre acariciándose los pelillos de la cara.

Roque se quitó las gafas para no ver a su padre con aspecto de gorila blanco.

—Papá, tú eres capaz de hacer gafas mágicas y hasta de fabricar una máquina del tiempo; seguro que puedes hacer que el río vuelva a tener agua.

Roque padre recordó cuando él era pequeño y se bañaba en el río durante los meses de verano y cómo las piraguas lo surcaban como balas y los chicos y las chicas jugaban en sus orillas; recordaba a los pescadores agarrados a sus cañas y, ya casi perdidas en el tiempo, podía ver a las lavanderas que tendían en la hierba verde las sábanas blancas recién lavadas.

Pensó que Roque tenía razón, se sintió muy mal por no haber pensado en él y en todos los niños que ya no podían disfrutar del río. Pensó también que algún remedio tenía que haber para que las fábricas no echaran más residuos y el cauce volviera a tener agua. Así que le prometió a su hijo que se encerraría en su taller para inventar algo que devolviera la vida al río y de manera que él pudiera convertirse en pirata.

El papá de Roque estuvo metido en su taller casi dos semanas. Durante ese tiempo se oían ruidos metálicos, golpes de martillo y sierras eléctricas; también hubo un par de explosiones y un poco de humo salió por debajo de la puerta. Mientras esperaba a que su pa-

dre saliera, a Roque le dio tiempo a buscar una tripulación de verdad en la que, además de Charly, estarían sus amigas Matilde, que llevaría el timón, y Ana, que manejaría la brújula y los cañones.

Una mañana el papá de Roque salió de su taller, tenía grandes ojeras, la cara negra y el pelo revuelto, tenía también la bata muy sucia, pero sus ojos estaban llenos de felicidad.

—¡Creo que lo tengo! —gritó—. ¡Pasad, pasad a verlo!

Y Roque, vestido ya de pirata, entró en el taller mientras imaginaba el agua del río corriendo bajo sus pies. Y sintió como si volara.

EDICIÓN
Fundación Canal

COORDINACIÓN
Fundación Canal
This Side Up

ILUSTRACIONES
Purificación Hernández Molero

DISEÑO
Bruno Lara

MAQUETACIÓN
Lara Martín

IMPRESIÓN
Crutomen

© de la edición: Fundación Canal, 2015
© de los textos: sus autores
© de las imágenes: Purificación Hernández Molero

DL: M-34377-2015

Fundación Canal
Mateo Inurria, 2
28036 Madrid
Tel: +34 91 545 15 01

www.fundacioncanal.com

